



NEVERWINTER

NEVERWINTER

LIBRO
II

R. A. SALVATORE

timun**mas**



PRÓLOGO

*Año del Héroe Renacido
(1463 CV)*

Dahlia observaba con una media sonrisa la danza del elfo oscuro. Drizzt Do'Urden, con el torso desnudo, realizaba sus ejercicios rutinarios de ataque y defensa, a veces lentamente y en otras a la velocidad del rayo. Las cimitarras giraban con elegancia y una delicadeza engañosa, para adquirir repentinamente una potencia y una rapidez sin disimulos. Los golpes llegaban desde cualquier tangente; el drow lanzaba estocadas desde ángulos a menudo inesperados, y más de una vez, Dahlia se sobresaltó y pestañeó ante algún giro especialmente inteligente.

Había combatido junto a Drizzt durante todo el camino hacia Gauntlgrym y en el interior del complejo enano, por lo que creía haber llegado a comprender el alcance de su destreza en el arte de la lucha. Sin embargo, ahora, a la luz de la luna, podía apreciar realmente la elegancia y la coordinación de los movimientos, y se recordó a sí misma que tal perfección no era fácil.

Estaba maravillada ante el espectáculo que ofrecía el drow, ante su esbelta silueta y sus apretados músculos, tan destacados y atractivos.

Se fijó en que siempre se sostenía sobre la parte anterior de la planta del pie, y no sobre los talones, y que finalizaba cada giro perfectamente alineado y en equilibrio. También reparó en que el drow no forzaba el cuello con sus súbitas estocadas y balanceos. Muchos guerreros humanos torpes concentraban toda la potencia en la parte superior del cuerpo, por encima de los hombros, por lo que su fuerza parecía aumentar al mismo ritmo que su falta de equilibrio y velocidad.

Pero Drizzt no hacía eso.

Tenía el cuello relajado y los hombros sueltos, ya que concentraba la fuerza en el estómago y en los músculos que le cubrían las costillas. Dahlia se preguntó cuántos oponentes se habrían sentido confiados al ver el fino cuello del drow, o sus hombros planos, hasta que la potencia de sus golpes les había arrancado las armas de la mano o los había partido en dos. Las cimitarras zumbaban cada vez más deprisa a medida que se concentraba más y más en la danza, pero detrás de cada tajo y estocada había equilibrio, peso y fuerza.

Dahlia se llevó de manera instintiva la mano a la oreja derecha, ya sin pendientes de diamantes, y su sonrisa se ensanchó visiblemente. ¿Acaso había encontrado por fin al amante que pusiera término a su dolor?

Drizzt estaba sudando y su piel oscura brillaba a la luz de la luna. Lanzó una cuchillada hacia la derecha y ejecutó con ambas espadas una estocada paralela, pero girando al mismo tiempo los pies ágilmente en dirección opuesta al ataque, para después alejarse con rapidez hacia la izquierda; entonces, utilizando el giro del torso, ganó impulso, dio un salto mortal y aterrizó nuevamente de pie. Apenas un segundo más tarde, se deslizó sobre las rodillas como si se hubiera visto obligado a agacharse por una espada que lo atacara desde la derecha. Lanzó una cuchillada en esa dirección con la cimitarra de brillo azulado, y luego volvió a ponerse en movimiento, levantándose con tal suavidad que Dahlia ni siquiera se dio cuenta de la transición.

La elfa se pasó la lengua por los labios sonrientes.



—Puedo montarlo —insistió Dahlia—, soy buena amazona.

—*Andabar* no es un caballo —respondió Drizzt, que en ese momento estaba a lomos del unicornio.

El drow se inclinó para ofrecerle nuevamente la mano a Dahlia, pero ésta siguió resistiéndose.

—¿Tal vez temes que *Andabar* llegue a preferirme? —replicó.

—Daría igual, ya que tengo el silbato.

—Podría quitártelo.

—Podrías intentarlo —y tras decir eso, Drizzt retiró la mano, se encogió de hombros y chasqueó levemente la lengua, poniendo a *Andabar* al trote.

Sin embargo, no habían avanzado ni dos pasos cuando Dahlia apoyó el extremo de su bastón en el suelo y se impulsó hasta quedar montada en el unicornio, detrás del drow.

—¿Acaso crees que necesito tu mano, drow? —preguntó—. ¿Acaso crees que necesito algo de ti?

Drizzt aceleró el paso del poderoso corcel, tirando de la ondeante melena blanca para guiarlo por la espesura.

—Desayunaremos temprano y almorzaremos a mediodía, para emprender camino un poco más tarde —dijo Drizzt.

—¿Y después?

—Hacia el norte —respondió Drizzt—, en dirección a Puerto Llast y quizá a Luskan, para ver qué podemos averiguar.

Era evidente, por el tono de la voz y el lenguaje corporal, que esperaba su oposición. Dahlia había expresado sus ansias de ir hacia el sur, en dirección al Bosque de Neverwinter, donde podría librarse de la hechicera thayana Sylora Salm y de su anillo de pavor.

Sin embargo, para su sorpresa, la elfa no puso objeción alguna.

—Hacia Luskan, pues —accedió—, pero a galope tendido, y después, igual de rápido, volvemos al sur. Dejaré que a Sylora Salm le rechinen los dientes de consternación por su fracaso con el primordial, pero no por mucho tiempo.

—Y entonces, la mataremos —dijo Drizzt, afirmando y preguntando al mismo tiempo.

—¿Es que tienes alguna duda? —preguntó Dahlia.

Drizzt hizo girar a *Andahar* hacia un bosquecillo y volvió a ponerlo al trote.

—Te dije que no me uniría a ti en una búsqueda sólo por venganza.

—Sylora aún no ha terminado —dijo Dahlia—. Intentará liberar de nuevo al primordial para provocar una catástrofe en el norte y alimentar su anillo de pavor. ¿Y tú crees que sólo busco venganza?

Drizzt sofrenó bruscamente el unicornio y se volvió poco a poco para clavar su mirada en los ojos azules de Dahlia.

—Te dije que si no era más que una venganza personal tuya, no me uniría a ti.

Dahlia le dedicó una amplia sonrisa, de modo que el intrincado diseño de puntos azules y morados que cubría su rostro esbozara la imagen de un gato al acecho. Drizzt no pudo por menos que darse cuenta, y la expresión de su rostro delató lo intrigado que estaba.

Dahlia inclinó la cabeza hacia la derecha, después volvió a inclinarla hacia la izquierda, y el drow pestañeó, asombrado. Con los movimientos de la elfa, dio la impresión de que el gato saltaba.

Y mientras Drizzt permanecía visiblemente fascinado, Dahlia se inclinó hacia adelante y le rozó los labios con los suyos. Apenas un instante después, esa acción había roto, al parecer, el hechizo, y el elfo oscuro se apartó de ella, mirándola con expresión confusa.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó con voz apenas audible.

—Porque no te creo —respondió.

Drizzt inclinó la cabeza, lleno de curiosidad, y cuando iba a protestar, Dahlia le posó un dedo sobre los labios para hacerlo callar.

—No seas necio, drow —dijo con una sonrisilla malvada—. No me estropees esa fantasía con una idea caballeresca acerca de la importancia de la verdad.

El drow no salía de su confusión, lo que hizo reír a Dahlia. Por fin, Drizzt se rindió; se volvió de nuevo y le indicó a *Andahar* que reemprendiera el camino.

Andahar no dio muestras de cansancio en todo el día y gran parte de la noche. A diferencia de *Guenhwyvar*, el unicornio mágico podía ser convocado en cualquier momento y quedarse todo el tiempo que Drizzt lo necesitara. Sin embargo, contrariamente a la pantera, *Andahar* podía resultar herido, e incluso podía morir, y las heridas que recibiera tardarían en curar tanto como las de una criatura mortal. Por ello, Drizzt procuraba involucrarlo en la menor cantidad de batallas posible y lo alejaba de su lado cuando el peligro acechaba.

Habían planeado llegar a Puerto Llast aquella noche, pero el tiempo se estropeó y no pudo ser. Levantaron el campamento bajo un saliente de roca que había sobre un risco elevado, a cierta distancia del camino, aunque sin llegar a perderlo de vista. Caía una lluvia torrencial y tremendamente fría, y de vez en cuando, algún rayo iluminaba el cielo. Drizzt se las arregló para encender un fuego, aunque las llamas eran débiles y chisporroteaban sin cesar. Cada vez que el viento hacía un remolino, tanto él como Dahlia empezaban a toser por culpa del humo.

Aun así, Drizzt no lo llevaba tan mal. ¿Por qué debería ser de otro modo? Estaba de nuevo en marcha y con promesas de aventuras en cada recodo del camino. Eran tierras vírgenes, y no faltaban peligros en esos bosques llenos de criaturas salvajes. Incluso las ciudades que

los esperaban más adelante, primero Puerto Llast y después Luskan, lo mantendrían en tensión y con las cimitarras siempre a punto.

Se había sentado de espaldas a la roca y miraba subrepticamente a Dahlia mientras ésta comía, caminaba, estiraba los músculos entumecidos por el viaje... En ese momento estaba de pie, cerca del borde frontal del saliente, de espaldas a él. La lluvia, que caía en forma de remolinos, apenas la alcanzaba. Se puso de puntillas para escudriñar la lejanía, mientras su falda de corte diagonal, tremendamente corta, le permitía a Drizzt echar un buen vistazo a sus bien torneadas piernas.

El drow sonrió y meneó la cabeza. Ella sabía que la observaba, y jugaba con él, al igual que lo había hecho con aquel beso cuando iban a lomos de *Andahar*, o con la manera de rodearlo con los brazos durante el duro trayecto.

—Apaga el fuego —dijo Dahlia, que lo miró por encima del hombro.

A Drizzt se le borró la sonrisa de la cara mientras le devolvía la mirada, lleno de curiosidad.

—No estamos solos.

Drizzt deslizó el pie hacia un lado para empujar un montón de tierra estratégicamente situado y extinguió las llamas. Se incorporó de inmediato y escudriñó a través de la lluvia, pero no vio nada. Dahlia extendió el brazo frente a él y guió su mirada.

Abajo, en el camino, tras un grupo de árboles lejano, se veía parpadear la luz de una antorcha.

—Se mueven —dijo Dahlia.

—¿Por el camino, de noche y en medio de este diluvio?

—Salteadores de caminos..., o soldados de algún señor de la guerra —dedujo la elfa—. O quizá algún grupo monstruoso.

—¿Y si es tan sólo una caravana de mercaderes que busca refugio?

Dahlia negó con la cabeza.

—¿Qué tipo de mercader pondría en peligro su carreta o su equipo avanzando por un camino fangoso e inestable en medio de la oscuridad? Si se le rompiera una rueda o su caballo se quedara cojo, probablemente resultaría fatal.

—A menos que estén huyendo de algún peligro que hayan encontrado por el camino —dijo Drizzt, cogiendo las armas.

—¿Pretendes bajar hasta ellos? —preguntó Dahlia en tono burlón.

Drizzt la miró como si la respuesta fuera, o debiera ser, evidente.

—¿Quieres arreglar todo lo que va mal en el mundo, Drizzt Do'Urden? —preguntó—. ¿Es ése tu propósito en la vida? ¿Es quizá tu única motivación?

—¿Acaso no ayudarías a un inocente indefenso?

—No lo sé, y dudo mucho de que eso vaya a ser lo que veamos ahí abajo, en el camino —replicó Dahlia, soltando una risita, y Drizzt se dio perfecta cuenta de que se burlaba de él—. ¿Eso es todo lo que ves? ¿Blanco o negro? ¿El bien y el mal?

—Hay una gran diferencia entre el bien y el mal —respondió el drow con gravedad, y se ajustó las armas.

—Por supuesto, pero ¿acaso el mundo sólo consiste en eso?

Drizzt se detuvo un breve instante, justo antes de sacar la figurilla de ónice con forma de felino para llamar a *Guenhwyvar* a su lado.

—Una luz en el camino —le explicó a la pantera—. Encuéntrala y vigíla.

La pantera emitió un gruñido bronco y se alejó de un salto para desaparecer en la noche.

—¿No crees que hay situaciones en las que todas las partes pueden tener algo de razón?

—Recuérdame que te cuente algún día la historia del rey Obould Muchas Flechas —respondió Drizzt mientras pasaba junto a ella—. Ahora voy a averiguar lo que pueda. ¿Vienes conmigo?

Dahlia se encogió de hombros.

—Por supuesto —respondió—. Quizá nos topemos con una buena pelea.

—Quizá rescatemos a un mercader inocente —replicó Drizzt.

—Quizá rescatemos un botín mal habido de las garras de algún indigno que se haya autoproclamado señor —dijo Dahlia tan pronto como el drow se hubo dado la vuelta.

Drizzt no se volvió a mirarla. No quería que ella viera cómo sonreía sin querer ante su incansable sarcasmo. No quería darle esa satisfacción.

Bajó rápidamente por la pendiente y se metió entre los árboles, exigiéndose a sí mismo un gran esfuerzo porque quería presionar a Dahlia aún más. Sabía que la elfa no podría mantener el ritmo que le permitían sus tobilleras mágicas, así que de vez en cuando aminoraba el paso sólo lo justo para que ella pensara que lo estaba alcanzando. Sin embargo, mucho antes de llegar al camino, ya sólo cabía adivinar a qué distancia lo seguiría Dahlia, si es que todavía venía detrás de él.

Drizzt se obligó a concentrarse en lo que tenía delante. El camino y las antorchas que se veían abajo a la derecha se aproximaban con rapidez. Asintió al reconocer la forma de una carreta, conducida a toda velocidad por un hombre claramente atónito. Su compañero permanecía agachado junto a él encima del pescante, con el arco a punto y mirando hacia atrás. Detrás de la carreta se veían otras tres antorchas, sostenidas por hombres que se esforzaban por alcanzar el vehículo... No; Drizzt comprendió al instante que no pretendían alcanzarlo, sino seguirle el ritmo. Aquéllos no eran los enemigos de los que huía la carreta, ya que, de haber sido así, el arquero no habría encontrado ninguna dificultad para abatirlos.

Recorridos unos escasos treinta metros, uno de los portadores de antorchas se cayó.

—¡Dispárale! ¡Dispárale! —gritó, desesperada, una mujer que formaba parte del trío que corría detrás de la carreta.

Drizzt echó mano de *Taulmaril*, su arco. Emitió un ligero silbido, uno que *Guenhwyvar* sabía identificar, y la pantera se dejó ver sobre la rama de un árbol que quedaba al otro lado del camino. Drizzt señaló hacia la ruta que seguía la carreta.

La pantera se situó en medio del camino de un salto, enfrentándose a la carreta que se aproximaba. Los caballos comenzaron a girar.

Guenhwyvar dejó escapar un rugido ensordecedor, tan potente que su eco se pudo oír por todo el bosque y las colinas en una legua a la redonda. Los caballos se detuvieron derrapando, encabritándose, relinchando y coceando, aterrorizados.

La sacudida estuvo a punto de arrojar al arquero fuera del pescante.

—¡Dispárale! —chilló el conductor, esforzándose al máximo para controlar la temblorosa carreta—. ¡Mátala! ¡Oh, por los dioses!

El arquero consiguió volverse con un balanceo y abrió los ojos como platos al ver cuál era el origen del rugido. Alzó, entonces, el arco con manos temblorosas.

Un rayo plateado, similar a un pequeño relámpago, surcó el aire justo delante de los dos hombres y los sobresaltó aún más, si eso era posible. La flecha que estaba preparada se deslizó fuera del arco. El arquero, que no se había percatado, disparó, y la flecha cayó hacia abajo, inofensiva. El hombre gritó y el arco dio tal salto que casi se le escapó de las manos.

Los caballos siguieron encabritados y relinchando, incluso después de que la pantera se hubiera vuelto a meter entre la maleza de un salto y hubiese desaparecido de su vista.

—¡Un arquero por el flanco! —gritó la mujer, que por fin casi había logrado alcanzar la carreta.

Tanto la mujer como su compañero se volvieron para disponerse a cargar valientemente contra Drizzt.

Por supuesto, la intención de Drizzt no era disparar a matar, ya que todavía no sabía si se trataba de amigos o de enemigos. Por eso, dejó caer a *Taulmaril* al suelo, sacó las cimitarras y adoptó una postura defensiva.

No tendría que haberse molestado.

El atacante más cercano, un hombre alto y desgarbado que aún estaba a cierta distancia, aulló al mismo tiempo que alzaba la espada por encima de la cabeza. Fue entonces cuando la esbelta figura de la elfa se balanceó con agilidad, descendiendo de una de las ramas superiores, con las piernas firmemente sujetas a ésta. Con el impulso del movimiento, Dahlia golpeó al atacante en la frente con el bastón y lo hizo caer al suelo mientras la espada salía volando por los aires.

La elfa desasíó las piernas del árbol y dio una voltereta que le permitió aterrizar con tanto equilibrio que casi pareció natural. Nada más tocar el suelo, saltó ágilmente sobre el hombre, que se había quedado sentado, aturdido. La mujer, que estaba apenas a unos pasos de distancia, fue a por ella lanza en ristre, pero Dahlia se agachó y utilizó el bastón para hacerle un barrido a la altura de los pies mientras pasaba junto a ella. Entonces, el arquero le gritó al conductor que siguiera adelante. Sin embargo, tan pronto los caballos reemprendieron la marcha, *Guenhwyvar*, mediante un salto, volvió a colocarse en mitad de la ruta y a rugir. Los caballos, aterrorizados, se encabritaron y relincharon a modo de protesta.

Drizzt, que estaba al borde del camino, vio que, bastante más atrás, el hombre que había sufrido una caída corría a trompicones en medio de la oscuridad, mientras su antorcha chisporroteaba por efecto de la lluvia. Decidió ignorarlo y salió corriendo hacia la carreta, que acababa de adelantarlo por la izquierda. A pesar de que en ese momento el vehículo ya no se movía, el drow observó que el arquero se levantaba para enfrentársele, con el arco nuevamente cargado y preparado.

Se dejó caer de rodillas y se deslizó por el barro mientras la flecha

le pasaba por encima sin hacerle el menor daño. Se volvió a incorporar justo detrás de la plataforma de la carreta y aprovechó el impulso para dar un gran salto que le permitió sortear fácilmente la portezuela. Tan pronto se hubo asentado sobre la plataforma saltó de nuevo, encogiendo las piernas para pasar por encima del pescante y de los conductores, que estaban agachados; después se dio la vuelta a fin de aterrizar sobre la base del tiro, de cara a ambos hombres. Los caballos seguían encabritándose y debatiéndose, pero el ágil drow no se vio afectado en absoluto por los zarandeos. Sostuvo las cimitarras a la misma altura frente a sus prisioneros.

—Coge todo lo que quieras, pero no me mates, te lo ruego —le imploró desesperadamente el conductor, agitando las manos temblorosas, con las palmas hacia afuera, para proteger su carota sudorosa—. Por favor, buen señor.

El otro hombre dejó caer el arco, se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar.

—¿Quién os persigue? —les preguntó Drizzt a los conductores.

Parecían desconcertados ante tan inesperada pregunta.

—¿Quién? —exigió saber el drow.

—Salteadores de caminos —dijo el arquero—. ¡Una abyecta banda de desharrapados que quieren robarnos nuestros bienes y cortarnos el gazarate!

Drizzt miró a Dahlia, que había salido al camino para enfrentarse al hombre que entonces llegaba corriendo, aunque éste puso las manos en alto como gesto de rendición para evitar claramente una pelea con ella.

—¿Quiénes sois, y cuál es vuestra procedencia? —preguntó Drizzt.

—Puerto Llast —contestó el arquero, al mismo tiempo que el conductor decía Luskan.

Drizzt los observó con suspicacia.

—Salimos de Luskan, pero volvíamos a través de Puerto Llast —explicó el arquero.

—Estamos al servicio de los Grandes Capitanes —añadió rápidamente el conductor, y pareció ganar algo de confianza.

—¿Qué transportáis?

—Comida, vino, mercancías —dijo el conductor, pero el arquero trató de acallararlo poniéndole una mano en el pecho.

—Llevamos lo que llevamos. ¿Por qué quieres saberlo? —preguntó el arquero.

Drizzt le dirigió una sonrisa malévolamente y el hombre pareció perder fuelle, quizá comprendiendo que los Grandes Capitanes no lo podrían defender de una simple estocada de la cimitarra que se cernía a un palmo escaso de su cara.

De pronto, se oyó un barullo que indicaba que los perseguidores se estaban acercando.

—Si averiguo que me habéis mentido, nos volveremos a encontrar mucho antes de que lleguéis a ver las luces de Puerto Llast. —Drizzt retiró las cimitarras y las hizo girar antes de volver a envainarlas cuidadosamente—. ¡Ahora marchaos!

Les dedicó un gesto de saludo y saltó entre ambos hombres, por encima del pescante. Ayudó a los tres rezagados a montar en la carreta y después se quedó mirando cómo se alejaban.

—¿Los dejas ir? —Dahlia acudió a su lado—. ¡Qué noble por tu parte!

Le elfa le alcanzó *Taulmaril* y el carcaj que Drizzt había dejado caer antes de cargar contra la carreta.

—¿Habrías preferido que les hubiera robado la mercancía y después los hubiese matara?

—Al menos, lo primero.

Drizzt se la quedó mirando.

—Son simples mercaderes.

—Sí, de Luskan, según he oído. Simples hombres a las órdenes de los Grandes Capitanes, todos piratas, y que destruyeron esa misma ciudad.

Drizzt trató de mantenerse en sus trece en contra de aquella verdad, una verdad que, para su desgracia, conocía muy bien, ya que había estado en la Ciudad de las Velas durante la caída de su querido amigo el capitán Deudermont.

—Lo que llevan es mercancía obtenida de forma ilícita desde el principio, así que cabe preguntarse: ¿quién es aquí el salteador de caminos, Drizzt Do'Urden? —dijo Dahlia.

—Le das la vuelta a todo para que coincida con tus conclusiones.

—O, para empezar, todo está del revés, y poca gente resulta ser lo que parece. Las buenas personas hacen cosas malas y los pordioseros son ladrones.

Se oyeron más ruidos procedentes del camino.

—Ya terminaremos esta discusión más tarde —dijo Drizzt, y le hizo señas a *Guenhwyvar* para que se situara entre la maleza.

—No creo que lleguemos a ninguna conclusión que satisfaga al drow idealista —le aseguró Dahlia, al mismo tiempo que se apresuraba a adentrarse en la espesura de uno de los lados del camino.

Drizzt pensó en seguirla, pero el ruido de caballos al galope y las palabras de Dahlia, que no hacían más que acosarlo, lo hicieron cambiar de opinión. Alzó el arco, colocó una flecha y se aprestó a disparar.

Un instante después aparecieron cuatro jinetes, muy juntos y agazapados para resguardarse de la lluvia en la medida de lo posible.

Drizzt tiró de la cuerda del arco, pensando que podría derribar a dos con un solo disparo, ya que hacía falta más que la envergadura de un solo hombre para detener una flecha disparada por *Taulmaril*.

—¿Pordioseros o ladrones? —susurró.

Los jinetes siguieron acercándose, y uno empuñaba una espada.

Drizzt bajó el ángulo del arco y disparó. Un crepitante relámpago azul blanquecino rasgó el aire, transformando por un momento la noche en día, y la flecha se clavó en el camino, frente a los jinetes, atravesando el empedrado y la tierra con gran estruendo.

Los caballos se encabritaron y corcovearon. Uno de los jinetes se cayó y quedó colgando, desesperado, del lateral de la silla. Los otros tuvieron mejor suerte, al menos hasta que Dahlia llegó volando por los árboles que bordeaban el camino. Golpeó fuertemente a uno con el bastón, a la vez que se estiraba para asestarle a otro una doble patada. A continuación, la llegada de *Guenhwyvar* hizo que los caballos comenzaran a girar mientras corcoveaban y se encabritaban, aterrorizados.

Dahlia aterrizó en el suelo con un giro y una voltereta, se puso de pie inmediatamente y se dio la vuelta. Apoyó el bastón para impulsarse hacia arriba una vez más, en esa ocasión para darle una patada a la amazona a la que había golpeado antes con el bastón. Sorprendentemente, ésta se mantuvo en la silla, pero Dahlia aún no había terminado con ella. Nada más aterrizar, utilizó el bastón a modo de látigo para volver a golpearla, y envió una descarga eléctrica mágica a través del metal. La mujer empezó a temblar de manera incontrolable, se le pusieron los pelos de punta y comenzó a agitar los brazos frenéticamente. Esa vez no fue capaz de mantenerse sobre el caballo, que corcoveaba aterrorizado, y cayó al suelo.

Tres caballos salieron huyendo sin jinete. *Guenhwyvar* había seguido haciendo girar una y otra vez al cuarto, cuyo pobre jinete seguía colgado de un estribo.

—Vienen más —le dijo Dahlia a Drizzt cuando éste se reunió con ella.

Los tres salteadores de caminos estaban tendidos boca abajo. Las cimitarras les informaron a dos de ellos de que sería más prudente quedarse quietos.

—¡Pero no me mates, maese Do'Urden! —lloriqueó un hombre de mediana edad—. ¡Te aseguro que no soy enemigo tuyo!

Drizzt lo miró confundido, totalmente incapaz de reconocerlo.

—¿Lo conoces? —preguntó Dahlia.

Drizzt negó con la cabeza y le preguntó al hombre:

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¡Lo he adivinado, buen señor! —exclamó el hombre—. El gato, el arco relampagueante, las cimitarras que llevas...

—¡Guen! —llamó Drizzt.

En uno de los laterales, la pantera se estaba entusiasmando demasiado con el juegucito y tenía al pobre caballo dando vueltas frenético. Sólo cuando la pantera se apartó y el caballo dejó de dar vueltas, el mareado salteador de caminos cayó al suelo.

—¿Eres Drizzt? —preguntó la mujer que estaba en el suelo y cuyos dientes aún castañeteaban por la electricidad residual.

—Que un salteador de caminos piense en ello como una posibilidad reconfortante, me deja perplejo —respondió el drow.

La mujer emitió un resoplido y meneó la cabeza.

—Sus amigos se están acercando —le advirtió Dahlia—. Acaba con ellos o vayámonos ya.

Drizzt observó al grupo de desharrapados durante unos segundos y, a continuación, volvió a envainar las cimitarras. Incluso le ofreció una mano al hombre que lo había reconocido y lo ayudó a levantarse.

—No me gustan los Grandes Capitanes de Luskan —les explicó a los salteadores de caminos—. Sólo por eso os libráis de que os pase a cuchillo. Pero sabed que os estaré vigilando, y que cualquier ataque perpetrado contra un inocente me lo tomaré como si se hubiera producido contra mi propio cuerpo.

—Entonces, ¿eso es todo? —preguntó la mujer con expresión tris-

te y derrotada—. ¿Se supone que debemos comer bazofia y morirnos de hambre para no herir la sensibilidad del gran Drizzt Do'Urden?

Drizzt la miró lleno de curiosidad, pero sólo hasta que se fijó en la sonrisa cómplice y la expresión de superioridad de Dahlia.

—Yo era granjero —explicó el hombre al que Drizzt había ayudado a levantarse—. Justo al lado de Luskan. Goodman Stuyles a tu servicio. —Le tendió la mano, pero Drizzt no se la estrechó—. Mi familia ha trabajado la tierra desde antes de la caída de la Torre de Huéspedes del Arcano.

—En ese caso, ¿por qué estás aquí? —preguntó el drow, lleno de suspicacia.

—Cerca de Luskan las granjas ya no son necesarias —respondió el hombre—. La gente ahora comercia con los alimentos, y la mayor parte llega por barco o en carretas como esa que acaba de pasar.

—¡Y casi siempre es comida robada, sin duda! —intervino otro de los hombres—. No tienen paciencia para cultivarla ni medios para proteger una granja.

Drizzt dirigió una mirada a Dahlia, que se limitó a encogerse de hombros como si ya se lo esperara.

—Nosotros la cultivamos, ellos la robaron, y después quemaron todo lo que no se pudieron llevar —dijo Stuyles.

Camino abajo aparecieron más salteadores, pero sólo por un momento porque enseguida se dispersaron entre la espesura, sin duda para tratar de flanquear a los recién llegados.

—Marchaos —les dijo Drizzt a los cuatro, despidiéndolos con un gesto.

Dos comenzaron a marcharse mientras otro se dispuso a ayudar a levantarse a la mujer y llamaba al caballo más cercano.

—Pensaba que nos ofreceríais un plato de comida caliente y una cama seca por dejaros marchar —les dijo Dahlia, lo que provocó la sorpresa de todos y, especialmente, la de Drizzt—. Viajeros cansados, noche lluviosa... —continuó.

Drizzt se quedó boquiabierto, y no había empezado a cerrar la boca cuando Goodman Stuyles respondió:

—Uníos, pues, a nosotros.

—Tenemos otros asuntos —dijo Drizzt con expresión severa, dirigiéndose directamente a Dahlia.

Pero la elfa tan sólo se echó a reír y siguió a los cuatro salteadores

de caminos. El drow, tras dejar escapar un gran suspiro, también los siguió.

Los bandidos habían levantado varios cobertizos anchos entre una hilera de pinos junto al camino, lo cual hacía el campamento lo suficiente cómodo a pesar de la lluvia. Demostraron ser bastante hospitalarios; les ofrecieron un plato de comida caliente y una bebida fuerte y bastante decente.

Goodman Stuyles acompañó a Drizzt y a Dahlia durante la comida y en la sobremesa, y le pidió al drow que contara historias del Valle del Viento Helado, viejas aventuras que parecían haberse convertido en leyenda en esa parte del mundo tantos años después. Drizzt nunca se había jactado de ser un buen narrador, pero accedió a la petición y pronto tuvo bastante audiencia: una docena de personas, más o menos, todas sentadas a su alrededor y escuchando atentamente.

La mayoría de la gente se fue a dormir cuando empezaron a extinguirse las hogueras, pero un par de hombres se quedaron a disfrutar de la alegre conversación.

—¿Y qué asuntos te traen ahora al sur de tierras tan olvidadas? —preguntó uno de ellos, un tipo de gran estatura llamado Hadencourt, después de que Drizzt hubiese terminado de contar la historia de su batalla contra un dragón blanco en una cueva helada.

—Vamos de camino a Luskan —respondió Drizzt—, para preguntar por unos viejos amigos.

—¿Y después al Bosque de Neverwinter, verdad? —añadió Dahlia, y Drizzt no reaccionó lo bastante rápido como para enmascarar su sorpresa ante la inclusión de ese pequeño detalle.

—Allí está teniendo lugar una gran batalla —comentó el granjero Stuyles.

—¿El Bosque de Neverwinter? —insistió Hadencourt—. ¿Qué podría llevar a un elfo oscuro y a... —empezó a preguntar, mirando a Dahlia con curiosidad, como si no supiera cómo definirla—, a una dama como tú a ese lugar devastado por la guerra?

Dahlia iba a contestar, pero Drizzt la interrumpió.

—Somos aventureros. ¡Al parecer, el Bosque de Neverwinter es ahora un lugar lleno de aventuras! —dijo, y alzó su copa de brandy para hacer un brindis—. Aunque, de hecho, todavía no hemos decidido qué rumbo tomaremos después de Luskan, y en realidad, ni siquiera hemos decidido que nuestro camino nos lleve hasta la Ciudad de las

Velas. He estado pensando que quizá vaya siendo hora de volver a Mithril Hall.

Mientras hablaba, no dejó de mirar fijamente a Dahlia, advirtiéndola de que se quedara callada. Cuando volvió a mirar a Hadencourt, se dio cuenta de que sonreía con cara de saber más de lo que debía.

—Digamos que es personal —dijo Dahlia mientras miraba a Hadencourt.

La conversación se cortó en ese momento de manera abrupta, cuando Drizzt comentó que ya iba siendo hora de que todos se fueran a descansar. En tanto los otros se dispersaban, Dahlia observó cómo Hadencourt se dirigía al cobertizo en el que iba a pasar la noche.

Goodman Stuyles se apartó para hablar con algunos de los otros miembros de la banda.

—Nos iremos mañana —informó a Drizzt instantes después—. Esa carreta pronto llegará a Puerto Llast y creemos que alguna guarnición podría salir en nuestra búsqueda. ¿Vendréis, entonces, con nosotros? Nos alegraría contaros entre los nuestros.

—No —dijo Drizzt de forma rotunda, pasando por encima de la respuesta de Dahlia, que había sido totalmente opuesta—. No puedo.

—Tan sólo intentamos sobrevivir —dijo Stuyles—. ¡Uno tiene derecho a comer!

—El hecho de que no hayas sentido la mordedura de mi acero indica claramente que no estoy en desacuerdo con eso —le dijo Drizzt—, pero me temo que si viajara con vosotros, me enfrentaría a elecciones con las que no estaría conforme y que no podría tolerar. ¿Comenzaríais cada nueva aventura sin estar seguros de mi lealtad?

Stuyles dio un paso atrás y observó al drow.

—Entonces, será mejor que os vayáis —dijo, y Drizzt asintió con frialdad.

—Así que el mundo es demasiado sucio para Drizzt Do'Urden —se burló Dahlia cuando Stuyles se hubo ido—. ¿Qué derechos y qué recursos les quedan a los que no tienen cuando los que tienen se apoderan de todo?

—Aguas Profundas no está a tanta distancia hacia el sur.

—Sí, y los señores de Aguas Profundas abrirán sus puertas de par en par y pondrán sus mercancías a disposición de aquellos que hayan sido arrojados al caos.

En esos momentos, a Drizzt no le resultaba en absoluto simpático

el sarcasmo de Dahlia. Se tranquilizó con viejos recuerdos del Valle del Viento Helado; eran recuerdos de hacía casi un siglo, de un lugar y un momento en los que el bien y el mal parecían estar más claros. Incluso en aquella frontera implacable parecía haber un nivel de civilización que superaba con creces el teatrillo que se estaba representando en la Costa de la Espada. Pensó en la caída del capitán Deudermont en Luskan, cuando los Grandes Capitanes se habían hecho con el control total de la Ciudad de las Velas y, por tanto, de la zona circundante. Un señor aguadiano cayó junto a Deudermont, y los otros señores de aquella gran ciudad, sin duda, fallaron por culpa de su posterior inactividad.

Sin embargo, incluso en aquel oscuro momento, Drizzt comprendió que la caída de Luskan en las tinieblas era tan sólo un síntoma menor de una enfermedad mayor, como lo había sido la caída de Cadderly y de Espíritu Elevado. Con la llegada del plano de las sombras, los parches de sombra se habían convertido en algo tan real como figurado, y en aquellas enormes zonas de oscuridad, la anarquía y el caos se habían abierto paso.

¿Cómo iba Drizzt a poder luchar junto a hombres como Stuyles y el resto de los salteadores de caminos, por mucho que sus emboscadas estuvieran justificadas, cuando sabía que aquellos a los que emboscaban a menudo serían hombres y mujeres que, como los de la banda, simplemente estaban intentando sobrevivir y alimentar a sus familias?

¿Acaso había un *bien* y un *mal* en todo aquello?, ¿en robar a los poderosos o en trabajar duro a cambio de una magra retribución?

—¿En qué piensas? —le preguntó Dahlia, esa vez sin ser cortante.

—En que soy una persona bastante insignificante, después de todo —respondió Drizzt sin mirarla.

Cuando por fin se dio la vuelta, ella sonreía con suficiencia, demasiada, pero no llegaba a comprender todavía si, de alguna manera, lo estaba manipulando.

Por extraño que pareciera, la idea no le molestaba tanto como hubiera esperado. Quizá la confusión que sentía al enfrentarse con la realidad del tumulto en la Costa de la Espada era tan profunda que estaba dispuesto a aceptar una mano, sin importar cómo se la ofrecieran, que lo sacara de la oscuridad.